

## CUESTIONES DISPUTADAS

Una vida intelectual sana sólo puede prosperar en el ámbito del libre examen racional. Desde el inicio de las universidades, la controversia académica fue parte integrante de su vida espiritual. No es casual que con el desarrollo de los grandes centros de estudio en Europa haya florecido también un nuevo género literario, las Quaestiones Disputatae, en que se perseguía dilucidar un problema científico o filosófico mediante el enfrentamiento de posiciones distintas. Con el mismo nombre, la Revista de la Universidad de México desea ofrecer ahora un lugar permanente al diálogo; intento de alcanzar un mayor esclare-

cimiento racional de alguna cuestión controvertida, gracias al contrapunto libre de voces distintas. La base de la discusión podrá variar: un acontecimiento cultural de particular relevancia, la tesis sustentada en algún libro reciente, un cuestionario que nosotros planteemos; pero siempre procuraremos poner en cuestión temas del momento que, de algún modo, a todos nos atañan. En esta ocasión, hemos tomado como punto de partida el "Destino del arte bajo el capitalismo", tal como lo trata Adolfo Sánchez Vázquez en la Segunda Parte de su reciente libro: Las ideas estéticas de Marx.

### ¿Es el capitalismo hostil al arte?

Quiero dejar constancia, en primer lugar, del interés que ha despertado en mí la lectura de *Las ideas estéticas de Marx*. Este interés proviene de varios factores muy precisos. Me limito a enumerar algunos, dada la riqueza y la matización del texto.

Interés, en primer lugar, por el espíritu abierto con que Sánchez Vázquez cala en los problemas de la estética (en la línea marxista sólo recuerdo un libro que hable del tema con la misma "apertura": *Ilusión y realidad* de Christopher Caudwell).

Interés, en segundo lugar, por las relaciones establecidas entre trabajo y actividad artística: ambas esencialmente formas de *creación* si bien la primera es creación "práctico-material" y la segunda "espiritual".

Interés, en tercer lugar, por los análisis concretos de autores ("el universo kafkiano" pp. 138-151).

Interés, por fin, en cuanto a la crítica e historia de las ideas postmarxistas y las surgidas de Marx, Lenin, Plejanov, etcétera, sobre el arte.

Sí, me doy cuenta de que estoy empleando, no con total justicia, la palabra "interés" con ciertas sinónimas connotaciones de "afinidad".

Pero es igualmente cierto, y aún más cierto, que en el libro de Sánchez Vázquez me interesa y me apasiona, tanto como la afinidad, la divergencia, aquello con lo que no puedo ir de acuerdo, y digo de acuerdo porque no hay siempre en ello cuestión de lógica sino, muchas veces, de *cordia*, de *cum-cordia*.

No puedo estar de acuerdo, primero, en la interpretación que llamaría teológica de la "realidad humana": el hombre ser supremo para el hombre. He escrito antes sobre este tema y me he inspirado no pocas veces, al referirme a él, en las obras de Henri de Lubac, Von Balthazar y Karl Rahner. El concepto del hombre como fin del hombre, y aun como dios del hombre sin más, es aquello en que Marx me parece más positivista y romántico. De hecho apenas es necesario decir que coincide con el concepto del hombre divinizado de Comte, Feuerbach, casi todos los socialistas utópicos, Stirner, Nietzsche y acaso, como lo he querido mostrar alguna vez, de Mallarmé, Rimbaud y el Joyce de *Finnegan's Wake*.

No puedo estar de acuerdo —consecuencia de lo anterior— con el concepto de alienación tal como lo piensa, marxista, Sánchez Vázquez. No creo, siento en ello ser pesimista, que el hombre alcance a unir, en *esta tierra*, esencia y existencia. San Pablo dice: "seréis dioses". Pero este ser dioses de San Pablo se refiere a otra vida revivida y renovada. No a ésta. Pienso, sí, que el hombre es *perfectible* y que le es dable —perdónese el término— "desalienarse" siempre que por "desalienación" entienda un término relativo. De hecho no veo ninguna sociedad actual que conduzca a la desalienación.

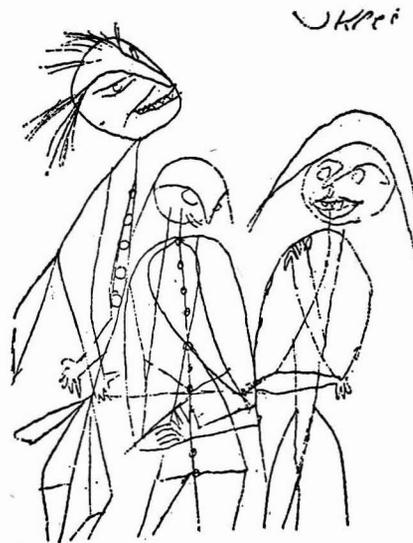
Por lo que se refiere al libro de Sánchez Vázquez, el capítulo que más dudas me inspira es el último y también más largo (prácticamente la mitad del libro) sobre *El destino del arte bajo el mundo capitalista*. A las ideas planteadas en este capítulo quiero referirme casi en forma de pregunta (aunque toda pregunta, al fin y al cabo, entraña una afirmación).

1. Aún cuando las sociedades capitalistas han visto muchas veces con desdén al artista, creo irrefutablemente el hecho de que Picasso, Stravinski, Faulkner, Schoenberg, Joyce, García Lorca, Braque, Yeats, Pound, Pollock (¿para qué citar más nombres?) se desarrollaron en sociedades que Sánchez Vázquez llamaría capitalistas. No quiero entrar aquí en distinciones, que serían necesarias, entre formas distintas de capitalismo.

2. La enorme mayoría de los grandes artistas contemporáneos han reaccionado contra lo que, no sin vaguedad, podríamos llamar "burguesía". Esta posibilidad de reaccionar implica cierta forma de liberalidad por parte de la sociedad en que viven. (No, no sostengo que el capitalismo sea ni la solución ni una solución. Quiero tan sólo atenerme a los hechos.) ¿Casos? Podría citar a Balzac, Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud, Picasso o Galdós.

3. Pero acaso estas cuestiones de hecho sean aquí, y en lo que atañe al capítulo referido, las menos importantes. Supongamos que Sánchez Vázquez tiene razón; supongamos que "en la sociedad capitalista, la obra de arte es 'productiva' cuando se destina al mercado, cuando se somete a las exigencias de éste, a las fluctuaciones de la oferta y la demanda" (p. 86). Aun suponiendo que éste sea un hecho, no se entiende cómo al hecho puede contraponerse un estado de derecho: "El artista de la sociedad comunista es, ante todo, un hombre concreto, total, cuya necesidad de una totalidad de manifestaciones vitales es incompatible con su

RAMÓN XIRAU:  
NI REALIDAD CAPITALISTA, NI  
FANTASÍA SOCIALISTA



Klee: *Agradable conversación*, 1913

limitación a una actividad exclusiva, aunque ésta sea aquella en que se despliega más un.versal y profundamente: el arte" (p. 282). ¿Dónde existe esta sociedad?; ¿es una sociedad hipotética? Porque Sánchez Vázquez claramente deja entrever que esta sociedad no se ha realizado en ningún país a estas alturas del siglo xx.

4. En resumidas cuentas, me parece que Sánchez Vázquez comete aquella falacia que Whitehead llamó "fallacy of misplaced concreteness": hacer real aquello que no lo es. Ello le conduce, necesariamente, a hablar dos lenguajes: el de la condena de una situación *real* por medio del elogio de una sociedad todavía *ideal*. Estos dos lenguajes son vital y lógicamente incompatibles.

De las bondades del libro de Sánchez Vázquez algo he dicho en un principio. Añadiría ahora otra: es un libro que nos permite polemizar. Esta polémica puede ser, como señalaba en un principio, de des-acuerdo; es polémica abierta en cuanto a la lógica misma del último capítulo del libro.

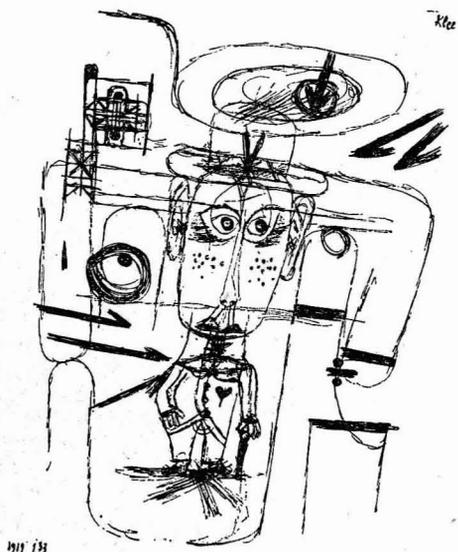
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN:  
PROLEGÓMENOS A UNA  
ESTÉTICA MARXISTA

De hecho, apenas se comienza a crear una estética marxista que, desde luego, debe adelantar la reverencial sumisión antimarxista de las últimas décadas y los planteos diseminados en los textos de los fundadores del marxismo. Se ha abusado del determinismo, del condicionamiento económico —conceptos distintos— sobre todo al simplificarlos: es grande la complejidad de la interacción, que suele ser indirecta y escondida. Ya en Marx y Engels hay señalamientos de la influencia de los factores espirituales entre sí y sobre las estructuras. Se ha reconocido la influencia de ideologías y formas muy alejadas en el tiempo y en el espacio. Dudo que en época alguna el artista haya estado de acuerdo con la sociedad y la condición humana, y que su obra fuera —como la nombra Schiller— "creación natural". El hombre nunca estará realizado: tiene sentido de lo infinito. En el socialismo también se escribirán novelas de evasión.

Es riguroso y abierto el ensayo de Sánchez Vázquez "El destino del arte bajo el capitalismo", que forma la segunda mitad del volumen *Las ideas estéticas de Marx*. El ensayo se funda sobre todo en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*: Marx contaba sólo veintiséis años. Louis Althusser insta una "ruptura radical" entre el Marx de antes y después de 1845. Sobre la alienación, en parte, apoya Sánchez Vázquez sus puntos de vista. Michel Verret estudia la alienación (*La Nouvelle Critique*, julio-agosto, 1965) y nos dice que se ha vuelto un "concepto mágico por el cual todo se evoca y todo desaparece. Porque pensar todo bajo un solo concepto es ya no pensar". Sánchez Vázquez razona con matiz y enjundia, metódicamente: la obra como mercancía de cierto orden particular dentro de una sociedad mercantil a la que está sometido el creador, la sociedad toda. Y surge un arte de protesta, de subversión o de evasión, en el cual resalta la hostilidad del mundo capitalista. Arte y trabajo, creación y producción, su separación, "pero tampoco se oponen radicalmente como pensaba Kant". Hegel subraya el vínculo. La obra de arte logra "rebasar el marco de lo útil material" con una "utilidad fundamentalmente espiritual", de naturaleza "distinta pero no opuesta" en su origen. El arte como trabajo antienajenante, como plenitud. Recordemos la diferencia que establece Roland Barthes entre *écrivain* y *écrivain*. Sobre todo, démonos cuenta —¡cómo olvidarlo!— que Marx, Engels, Lenin, Zdanov, Jruchev, basaban sus juicios sobre la estética de la "belleza clásica", tradicionalista, decimonónica. Los griegos, el Renacimiento. Nuestro gran museo aún no se llama Museo de Arte Precolombino sino de Antropología.

El marxismo ha investigado primordialmente el aspecto socioeconómico del arte, con amplitud y singular dominio. Su aportación a la estética, con tal orientación y tales límites, es sobresaliente. El problema central va más allá de estos aledaños, pero cada día hay mayor profundidad y agudeza en el enfoque marxista que, hasta hace poco tiempo, fue sectario, limitado y dogmático. Por presunta autodefensa habíase llegado a tales extremos en la degradación de las ideas marxistas que éstas reclamaban algo así como una vindicación. El libro de Sánchez Vázquez pertenece a la línea de los nuevos trabajos que vuelven al cuestionamiento para que la doctrina no se inmovilice y deje de ser, como ha solido, mistificadora. Esto es importante. Lo que hoy incumbe es sobrepasar a Lukacs, Fischer, Garaudy y otros. Superar la inercia académica y cobrar nuevo impulso. Defender creadores como Picasso, Klee, Joyce o Kafka ya no es sólo innecesario sino que sería ponerse en ridículo. Ahora se debe distinguir a los nuevos creadores. La visión del marxismo en sus orígenes no puede ser igual a la visión del marxismo de hoy. Así lo comprende Sánchez Vázquez. Hay nuevas realidades.

A pesar de las condiciones que Sánchez Vázquez nos muestra en el capitalismo, mucho grande se ha producido en la ciencia, la técnica y el arte. El autor señala hasta la aparición de un nuevo arte: el cine. La oferta y la demanda obligan a la competencia, a la enajenación. Sin embargo, no son mercaderes los grandes creadores. Se impusieron en vida o póstumamente. El mercado no decidió su creación. No descuidemos el examen de la realidad a partir de las excepciones generales que parecen no confirmar regla alguna, pero que encarnan brillantemente a su época. ¿Hasta qué punto el artista puede escapar al mundo capitalista? ¿En proporción a su genio creativo? La obra de arte en sí y luego los mecanismos en la sociedad burguesa, donde su valor de uso contiene también valor de cambio, aunque "contradiga la esencia misma del arte" y encaje "sólo en cierta escala, sobre todo en determinadas ramas del arte", en el sistema económico capitalista y "se deje sentir con fuerza y la ley fundamental de la producción capitalista": la plusvalía. El productor se halla inmerso en ese mundo predominante que rige a la obra: ésta, pase a no por el mercado, es valor de uso y valor de cambio. Estimo que como trabajo productivo el trabajo artístico excelente no pierde lo específico, lo que guarda de trabajo concreto y cualitativo superior, y no se transmuta "pura y simplemente en mercancía". No hablo de la fabricación de cuadros, de la "littérature a l'estomac". El poder de la obra de arte es tal que el mundo capitalista no logra su perfecta cosificación. Algunas veces la generalización parece



Klee: Pequeño señor asediado, 1919

tajante; otras, más matizada y compleja, como cuando estudia "El arte y las masas" y temas siguientes. Afortunadamente, no hay una teoría marxista "monolítica" del arte, y se reconoce en el mundo socialista "la falta de selectividad con que fue pronunciado el veredicto despiadado de 'decadente' sobre los más diversos fenómenos del arte occidental" (Ylia Fradkin). La situación cambió con el XX y XXII Congresos que demostraron la inmensidad de la enajenación en el mundo socialista. Pocos disientían de las esquemáticas rutinas inamovibles.

¿Cuál ha sido el destino del arte en el socialismo? La revolución social ¿necesita el conservatismo estético? ¿Es la sociedad de cualquier tipo hostil al arte? ¿Un arte conservador es característico de una sociedad en revolución? ¿Lo contrario? Es demasiado temprano para conocerlo. Apenas se está en los albores. Aún no se puede juzgar porque lo ocurrido es opuesto a la esencia del socialismo. A tales puntos no alude Sánchez Vázquez (no es el tema), pero sí sería un ensayo complementario. El "dirigismo" artístico, el dogmatismo, el "utilitarismo omnívoro" (como lo llama Fischer), el burocratismo, el culto a la personalidad han causado daños tan radicales que no sólo detuvieron la investigación sino que la estorbaron o la combatieron. La libertad de creación, para el florecimiento cabal de la personalidad, será compatible con las leyes de la producción material socialista. Aquello de pretender una sola ruta es infantilmente reaccionario, es contra el arte y supone, entre otras cosas, una sociedad estática. Tal dogmatismo condujo irremisiblemente a la copia y al academismo.

En la Edad Media el arte sirvió a la propaganda: no había otros recursos para ello. Hoy, como dice Sánchez Vázquez, el *arte de masas*, "del hombre-masa", cosificado, sirve mejor cuando más arte cosificado es. Para Marcel Duchamp el arte "es sólo un segundo violín en la expresión social". Cuando la Alemania nazi, la URSS staliniana o los Estados Unidos (*The New Yorker*, "Art Galleries", 25 de mayo, 1963) desaprueban formas nuevas de expresión artística lo hacen con sentido utilitario y fines diferentes. Pero, habiendo estructuras distintas ¿a qué se deben estas coincidencias parciales? La propiedad privada, los mecanismos capitalistas ¿no son tan condicionantes? ¿Es más condicionante el Estado en sí que las propias bases económicas? ¿Por qué no desmontar sus mecanismos? En la reflexión sobre el arte (estética, historia, ciencia, filosofía, crítica...) lo excepcional se manifiesta conspicuamente como conciencia y como misterio. Al ampliar la conciencia en arte ¿ampliamos el misterio? ¿Es menos ardua una metafísica que una estética? No sólo hacer suposiciones implícitas sobre el arte en el socialismo, sino dilucidar la vida artística en las décadas ya vividas con desarrollos obligadamente aún incipientes y con presiones e influencias burguesas. El estudio marxista de las enajenaciones y contradicciones en el socialismo nos daría luces sobre el problema debatido, aunque todavía esté lejano el salto del "reino de la necesidad" al "reino de la libertad".

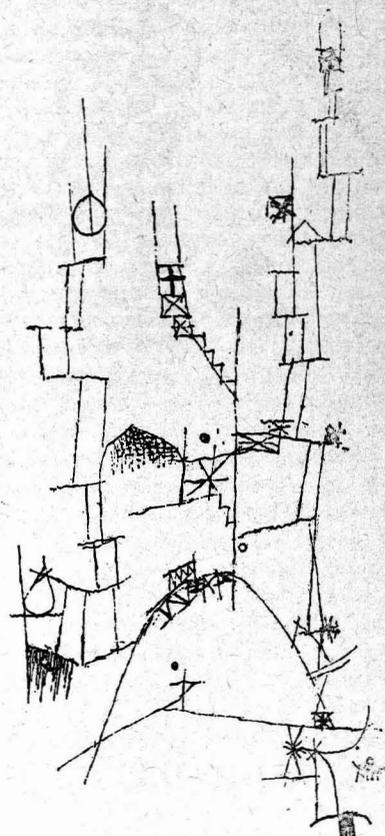
Un libro valioso, rico en conceptos y deslindes, digno de los honores de la polémica, bien organizado en lo que, hasta ayer, ha propendido a investigar la estética marxista, que había dejado distante la creación misma, el definir su eficacia, la complejidad de lo específico, la jerarquía de los valores, tal las filosofías del arte basadas, de un modo u otro, en condicionamientos —psicológicos, históricos, sociales, metafísicos, económicos, biológicos... Aún nos encontramos perplejos ante la obra de arte, repitiéndonos como Rimbaud: "Vous ne comprendrez pas du tout, et je ne saurais presque vous expliquer". Más el marxismo que el propio pensamiento estético de Marx está fundando una reflexión que irá más allá del carácter social del arte y de sus condiciones: a la naturaleza total de la experiencia estética. ¿Existe ya una estética marxista? Estamos en los prolegómenos.

Ramón Xirau comienza por señalar su desacuerdo fundamental con lo que él llama una concepción teológica del hombre. Frente a nuestra idea del hombre como fin en sí mismo y ser creador que, con su trabajo y el arte, da una significación humana a las cosas, deja entrever una trascendencia de la cual el hombre recibiría su propio sentido. En relación con esto, quiero subrayar que no me parece legítima la interpretación del humanismo radical de Marx como una divinización del hombre. Si a la condición propiamente humana en virtud de la cual el hombre produce un mundo a su medida y se crea a sí mismo, la despojamos de su carácter específicamente humano para llamarla divina, y si lo que Marx caracteriza justamente como humanización se ve como divinización, se estará desnaturalizando el propio pensamiento de Marx. En este caso, de borrarse toda la distancia que separa a uno de otro, se estará haciendo de Marx un Feuerbach. No se trata de sustituir un culto por otro. La divinización del hombre no sería, en rigor, sino una nueva forma de enajenación. Marx supera toda teología incluyendo la que aún sobrevive en Feuerbach.

A la luz de esta concepción no teológica del hombre que entraña la idea de un proceso infinito de humanización, la cancelación de la enajenación fundamental no es sino el comienzo —un comienzo sin fin— de la historia verdaderamente humana, historia que excluye, asimismo, la idea de un ser humano perfecto. Con la cancelación de la enajenación, se resuelven algunos problemas fundamentales —propios de las sociedades basadas en la explotación del hombre por el hombre—, se abordan otros nuevos planteados por el propio enriquecimiento de las necesidades de los seres humanos — y se replantean viejos problemas — que quizás no encuentren una solución definitiva a un nivel propiamente humano.

Es evidente que si Xirau ha planteado estas cuestiones es porque él ha visto justamente la existencia de un nexo vital entre nuestra concepción del hombre y la concepción del arte. Ese nexo es, ciertamente, el concepto de creación.

Refiriéndose a la segunda parte del libro, Xirau hace cuatro preguntas a las cuales remito al lector. 1ª Acepto, como señalo en el libro, que éstos u otros



Klee: *Jerusalem, mi máxima dicha*, 1914

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ:  
A XIRAU: HACER REAL UNA SO-  
CIEDAD IDEAL

Klee: *Crítico*, 1914

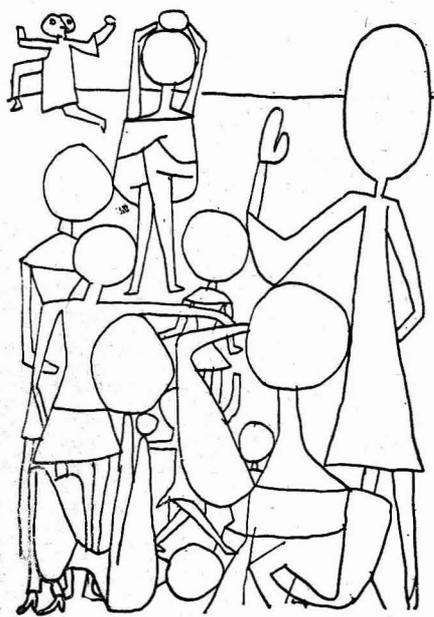
### A CARDOZA Y ARAGÓN: UNA CRÍTICA CONSTRUCTIVA

grandes artistas han creado bajo el capitalismo, pero por las razones que doy en él, este hecho no invalida la tesis marxista de la hostilidad del capitalismo al arte, siempre que se entienda —y en esto nunca insistiré bastante— como una tendencia de la producción material capitalista, y no como una ley absoluta. 2ª Del hecho de que la mayoría de los grandes artistas hayan reaccionado contra la burguesía, no se desprende una liberalidad de ella. Si se habla de liberalidad, tendríamos que verla como una liberalidad impuesta a la burguesía misma —como sucede en otros campos—, o una liberalidad reconocida mientras no se contribuye a quebrantar sus cimientos. La experiencia histórica nos dice que la misma burguesía que aplasta una huelga puede absorber ciertas explosiones artísticas. 3ª y 4ª Aceptando sin conceder que la obra de arte sea convertida en mercancía, rechaza Xirau que a esta situación de hecho se le pueda contraponer un estado ideal, inexistente aún. Ahora bien, la crítica de Marx se inserta en una negación crítica (teórica)-práctica de lo existente, es decir, en una negación que desemboca en la transformación (o creación) de una nueva realidad. Pero el hombre sólo puede transformar, prefigurando idealmente —como fin o proyecto— el resultado real de esa transformación. En este sentido, lo ideal —lejos de contraponerse absolutamente a lo real— es la condición necesaria de su transformación. Claro está que hay fines utópicos (los de Saint-Simon o Fourier), y fines (la sociedad ideal de Marx) que se realizan, pese a los desajustes inevitables, en el proceso de su realización. En suma, el hombre sólo puede transformar lo real, haciendo real aquello que no lo es, y partiendo para ello de una prefiguración ideal de lo inexistente aún. No hay, pues, una falacia en esta relación entre lo real y lo ideal, ya que ambos se condicionan y necesitan mutuamente.

Los desacuerdos de Xirau, por el tipo de cuestiones medulares que entrañan, y por la sinceridad y el rigor con que los plantea, son fecundos ya que incitan a una prolongación del diálogo.

Cardoza afirma que los grandes artistas no son mercaderes. Cierto. Del hecho de que el artista se vea incorporado al mercado, no se puede deducir semejante caracterización, ya que, como he subrayado en mi libro, toda gran obra artística es una manifestación del poder creador y de la libertad de creación —no absolutos, por supuesto— del hombre. El artista no sólo no es un mercader, sino que es la contrafigura del mercader mismo. Cardoza acepta la tesis de que el capitalismo tiende a hacer de la obra de arte una mercancía, pero esto, afirma, no borra lo que hay en ella de “trabajo concreto cualitativo y superior”. De acuerdo, pues ello se desprende de lo anterior. Pero conviene precisar: no se borra cuando el artista logra afirmar su libertad —es decir, expresar su personalidad— pese a las exigencias del mercado, ni se borra tampoco para el que entra en una relación verdaderamente humana —estética— con la obra, pero dicho trabajo sí se borra —o pasa a un segundo plano— para el capitalista, al que sólo le interesa como valor de cambio (cf. pp. 192 y ss. de mi libro). Tengo la impresión de que Cardoza, lejos de rechazar la tesis marxista de la hostilidad del capitalismo al arte, desea que su verdadero sentido se precise y matice lo más posible para salir al paso de una interpretación absolutista de ella. Comparto este deseo, y he procurado servirlo a lo largo de mi ensayo. La afirmación de Cardoza: “el poder de la obra de arte es tal que el mundo capitalista no logra su perfecta cosificación” tiene el mismo sentido que la mía: “el arte es una fortaleza que la productividad capitalista no puede fácilmente conquistar”. Y ambas podrían resumir la argumentación en favor del carácter relativo, y no absoluto de la hostilidad del capitalismo al arte.

Las objeciones de Cardoza apuntan a cuestiones importantes que, sin ignorarlas, no me propuse tocarlas, por ahora, de un modo especial. Se trata del destino del arte bajo el socialismo que no he dejado de abordar, en cierta forma, en varios de los ensayos de la primera parte de mi libro. Cardoza formula algunas preguntas concretas que él mismo por ahora no pretende contestar. “¿Es la sociedad de cualquier tipo hostil al arte?” En mi libro (pp. 159 y ss.) he dicho que, por principio, esa hostilidad sólo se da bajo el capitalismo, lo cual no excluye que en las sociedades precapitalistas o socialistas se hayan dado manifestaciones hostiles, pero no con el carácter esencial con que se dan en una sociedad que tiende a integrar el arte en la producción material. “¿Un arte conservador es característico de una sociedad en revolución?” En el libro (p. 100) afirmo: “Decir que el arte tiene que estar constantemente inventando nuevos medios de expresión, quiere decir que todo gran arte se mide por su potencia de ruptura con una tradición.” Para responder a estas cuestiones habría que examinar la experiencia del pasado en los países socialistas sin reducirlas a un solo periodo o a un país en particular. Habría que analizar los hechos en un contexto dado, en una situación concreta, y como partes de una historia real. Por ello, me parece aventurado afirmar como hace Cardoza que “lo ocurrido es lo opuesto al socialismo”. En cambio, sí me solidarizo, con apoyo en los últimos capítulos de mi ensayo de la 2ª parte de mi libro, con estas palabras suyas: “La libertad de creación, para el florecimiento cabal de la personalidad, será compatible con las leyes de la producción material socialista.” No acepto tampoco el papel decisivo que le atribuye al Estado sobre los mecanismos económicos, pero no dejo de reconocer que mientras exista habrá deformaciones que pueden afectar al arte, y que deben ser combatidas. En suma, la preocupación de Cardoza por el destino del arte bajo el socialismo es muy saludable, y creo que en el examen de esta cuestión se podría llegar a conclusiones fecundas siguiendo el principio que él mismo formula: “No sólo hacer suposiciones implícitas sobre el arte en el socialismo, sino dilucidar la vida artística en las décadas ya vividas con desarrollo obligadamente incipiente y con presiones e influencias burguesas”. Por último, creo que la crítica constructiva de Cardoza no deja de ser estimulante al señalar la necesidad de matizar las tesis y al ampliar el horizonte problemático de las cuestiones tratadas.

Klee: *Grupo con el provocador en fuga*, 1940